

Del Sr. Jorge Humberto Restrepo

(Discurso en el acto de Inauguración del Pabellón "Uribe Santamaría")

En este día tengo el honor de expresar el sentimiento de profunda gratitud que embarga los corazones de todos los estudiantes de la Universidad Católica Bolivariana para con el Romano Pontífice, que con un acto propio de su paternal benevolencia ha querido exaltar nuestra modesta Universidad a la excesiva categoría de Pontificia.

Basta fijar un poco la atención para ver surgir en rápida carrera ante nuestros ojos agradecidos el profundo significado y las trascendentales consecuencias que trae para nuestra Universidad, esta manifestación de la soberana voluntad del Pontífice y de su celo infatigable por el engrandecimiento constante de la educación Cristiana.

Al conferir el Santo Padre el título de Pontificia a nuestra Universidad, la incorpora oficialmente a la misión docente de la Iglesia Católica, que a través de los siglos ha formado las jóvenes generaciones de todos los países en la ciencia y la virtud, para entregar en interminable renuevo como fruto de sus esfuerzos, mejores ciudadanos a la patria y nuevos súbditos al reino de los cielos.

Esta misión sagrada de enseñar a los hombres la trajo al mundo el mismo Jesucristo, quien después de enaltecerla con su ejemplo la confió a los que fueron sus discípulos diciéndoles: "Id y enseñad a todas las gentes". Desde entonces la Iglesia Católica, fiel al mandato divino y siguiendo el ejemplo de Cristo, ha marchado por todos los caminos del mundo enseñando a los hombres no sólo la doctrina y el dogma cristiano que constituyen el campo esencial de su sagrado magisterio, que iniciado por Jesús y seguido por los apóstoles ha llegado sin interrupción hasta nuestros días y continuará intacto hasta la terminación de los siglos; sino también la cultura humana que ha florecido en todos los países al amparo de la Iglesia que

a manera de depositaria la ha conservado a través de los tiempos para transmitirla generosamente de generación en generación.

La historia nos muestra en rápida sucesión los caminos seguidos por la Iglesia Católica en su lucha permanente por la conquista y la redención espiritual de la humanidad. En los albores del cristianismo San Pablo emprende una cruzada de predicación y en Roma y Atenas las multitudes paganas escuchan absortas sus vibrantes palabras, mensajeras de una nueva doctrina que aspira a regir a los hombres y que se anuncia por todas las naciones sin temor de que la persecución y el desprecio sean capaces de detenerla en su misión universal, porque el despreciente de su origen divino se sabe portadora de la verdad.

San Agustín, que había entregado su juventud a los placeres y al error marcha a Italia en busca de nuevas emociones para su alma atormentada, que se ilumina en Milán con las luces magníficas de la doctrina cristiana que marcándole caminos opuestos a los que había transitado hasta entonces, le da la felicidad y el sosiego que inútilmente había buscado durante largos años en las cosas temporales; y el Africa lo ve regresar a sus playas poseído de un fervor divino que lo impulsa a marchar por sus cálidas arenas comunicando a sus semejantes la verdad y la belleza de una religión tan humana y tan divina que sólo podía ser establecida por un Dios hecho hombre.

Al brillo de la corte a que estaba destinado por su origen imperial, prefiere Tomás de Aquino el humilde recogimiento del claustro, donde la gracia divina y las luces de su inteligencia lo conducen por el difícil camino de la ciencia de Dios hasta alturas inconmensurables, desde donde su luminoso pensamiento continúa guiando a todos los pensadores católicos que buscan en la teología la solución perfecta de los más difíciles interrogantes.

El ejemplo de estos tres ilustres varones de Dios ha sido imitado a todo lo largo de la era cristiana por un ejército innumerable de pensadores católicos que en cumplimiento de su misión evangélica se esparcieron por toda la faz de la tierra enseñando a los hombres la doctrina de la buena nueva.

Mas no se concretó la actividad de la Iglesia al campo puramente religioso, sino que penetrando vigorosamente en los terrenos propios de la cultura humana, la engrandeció con sus inapreciables aportes y la salvó de una catástrofe segura cuando Europa lo abandonaba todo enloquecida por la invasión de los Bárbaros, que amenazaban destruir en poco tiempo lo que la humanidad había logrado levantar en siglos de esfuerzo constante. Fue entonces cuando la cultura encontró un refugio seguro en los tranquilos claustros de los viejos monasterios, donde humildes varones la defendieron con denuevo de los peligros de la época y consagraron generosamente su vida a la paciente copia de las obras antiguas, verificando una faena de tan vastas proporciones que hoy puede afirmarse con certeza que las joyas maestras de la literatura clásica llegaron hasta nues-

tros días a través de los laboriosos manuscritos de los monjes benedictinos.

En su universal misión de enseñar a las gentes, la Iglesia ha tenido siempre un campo predilecto, el de la educación de la juventud, que ha merecido en todo momento la atención desvelada de sus pontífices y se ha visto colmada en todas las épocas por abundantes cosechas de jóvenes generaciones que formadas en el ambiente varonil del cristianismo han marchado revestidas de su recia armadura espiritual a servir generosamente a su patria en todos los campos de la actividad ciudadana.

Mientras los señores feudales se trababan en innumerables contiendas, y los estados se ocupaban sólo por enseñar a sus súbditos las artes de la guerra para lograr mejores soldados, la Iglesia Católica empeñada en la conquista espiritual del mundo fijaba sus puestos de avanzada en las nacientes universidades, que inspiradas en la doctrina de Cristo y al impulso de ilustres pastores comenzaban a surgir por todas partes, para orientar el pensamiento de Europa hacia fines más nobles que el interés caprichoso de los príncipes o la ambición desmesurada de dominio.

Y cuando el mundo asfixiado en Europa cruzó los mares para conquistar nuevas riquezas e inmensos territorios, la Iglesia Católica superando a los monarcas temporales se embarcó en las carabelas del Almirante, desafiando los peligros de la temeraria aventura, para que los humildes indígenas que habitaban el nuevo continente pudieran gozar de los beneficios de la redención, que para todos los hombres había traído la sangre derramada por Cristo en el Calvario.

Y desde entonces las tierras de América la han visto marchar sin vacilación desde sus candentes playas hasta las heladas cumbres de los Andes, a través de las vírgenes selvas tropicales, en una odisea espiritual que iniciada en los campamentos de los conquistadores y en los bohíos de los indios, para recordar a los unos la fe de sus padres y enseñar a los otros la religión verdadera, culminó en nuestra patria con la fundación de las universidades de San Bartolomé y el Rosario, madres nutricias de la cultura en la Colonia y de la libertad en la República.

Unida la Iglesia Católica en Colombia al desarrollo de su cultura con varones de la talla de Mutís, el Arzobispo Mosquera, Valenzuela, Carrasquilla, Cortés Lee y tantos otros que pertenecen a la historia y la glorifican, no podía desoír la voz profunda de este siglo que quiere vivificar la enseñanza con una vigorosa sabia de renovación social. Y así como en calamitosos tiempos un ilustre Obispo de Medellín se defendió de la enseñanza laica incrustando en el seminario de su clero un instituto universitario que se honró con los nombres de Marco Fidel Suárez, Antonio José Cadavid y Carlos E. Restrepo, otro prelado benemérito escuchando el generoso clamor de la juventud ortodoxa que reclamaba para la enseñanza la verdadera libertad del espíritu, acogió, adoptó y cimentó la Universidad Cató-

lica Bolivariana, a cuya infancia vigorosa sacrificó su vida la indomable figura de Monseñor Sierra.

Hoy a ese esfuerzo le da la Iglesia su consagración definitiva. Al otorgarle el título de Pontificia, el Sumo Sacerdote de la Iglesia la arma caballero de una cruzada gloriosísima. Amparados los blasones bolivarianos por el lábaro de Pedro, se llenan de prestigio, pero cae también sobre ellos la grave pesadumbre de un inmenso deber: ser fiel en espíritu y en verdad a la misión docente de la Iglesia, que es una doctrina de combate, de abnegación y de vida, no una tarea de comodidad y regocijo.

Al rogaros, Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico, que expreséis al Romano Pontífice la colmada gratitud de los profesores y alumnos de la Universidad Católica Bolivariana, os pedimos también que nos sirváis de vocero para esta promesa solemne que hoy hacemos: La Universidad Católica Bolivariana comprende su misión Pontificia y jura cumplirla. Hija de la Iglesia y de la patria se consagra a la obediencia de aquélla y a la grandeza de ésta.

Y en este siglo en que la angustia de la humanidad ha visto culminar la injusticia en las peores catástrofes de la historia, la Universidad Pontificia Bolivariana os promete consagrar sus mejores esfuerzos a que conforme al clamor angustioso del Legado de Pedro, los hombres que pasen por sus claústros comprendan y prediquen que la paz de las almas y la paz de la tierra sólo puede tener un fundamento perdurable: la justicia.

